



## Paz y libertad para Siria

**T**RAS año y medio de protesta pacífica, respondida por el régimen con el empleo de un terror masivo, Siria se encuentra ya en un estado de virtual guerra civil, en la que cobran cada día mayor fuerza los perfiles étnico-comunitarios. Urge, pues, librar a la población de semejante tragedia e impedir la multiplicación de las peligrosas fracturas existentes en el país.

Pero si Assad ha sido ya condenado moral y políticamente, su sistema cuenta aún con apoyos suficientes como para permitirle intentar apalancarse indefinidamente en el poder. Entre ellos, cabe citar a Rusia, China e Irán, que apenas si disimulan su cordial alineamiento con Damasco; a Brasil y a Alemania, Estados poco inclinados a trascender lo económico en su política exterior; y, finalmente, a cuantos temen que la caída de Assad y el eventual conflicto intercomunitario subsiguiente podrían proyectar sobre Siria la sombra de Al Qaeda o del yihadismo violento. A este respecto, resulta preocupante la vinculación existente entre Arabia Saudí y el Consejo Nacional Sirio. Desde el ángulo puramente interno, tampoco conviene olvidar que la burguesía de Alepo y Damasco, así como las minorías cristiana, alauí y druzas temen que el final del basismo abra un nuevo ciclo de violencia en el que



**TOMÁS PÉREZ DELGADO**  
*Profesor de Universidad*

## En la ONU y en la Liga Árabe está la clave de la solución del problema sirio

ellas pondrían las nuevas víctimas y los nuevos exiliados.

Sin embargo, es evidente que frenar la masacre y escapar del remolino guerracivilista exige una enérgica intervención de la comunidad internacional, capaz de imponer el plan de Kofi Annan y una ordenada transición a un régimen de libertad. Ello implica superar algunos problemas. El primero de los cuales es el de vencer la hostilidad a la intervención extranjera por parte de la oposición organizada del país –con la excepción del Consejo Nacional Sirio–, lo que provoca la prolongación de la actual situación de semimedidas y semi-propuestas de solución, nunca acepta-

das en la práctica por el régimen baasista. De esta intervención, ansiada por la mayoría de los sirios, y que debería tener el aval de la ONU y límites y objetivos precisos, tendría que encargarse la Liga Árabe, cuyos miembros tienen singulares capacidades de presión para forzar la mano de Rusia y de China, principales soportes internacionales de el-Assad. El objetivo sería escapar del bloqueo presente, favorecer un diálogo nacional sin exclusiones y mantener la independencia de Siria. En este esfuerzo deberían colaborar las diversas comunidades religiosas del país, eliminando con ello su fuerza potencialmente desintegradora.